

SOFÍA RAMOS WONG

LOS SUSURROS DE LA PACANA



Áurea Ediciones

El vasto desierto

Manuel Vidal escuchó su móvil sonar. Se dio vuelta en la cama asustado para alcanzarlo y evitar que su esposa se despertara. Su corazón latía con fuerza e hizo que su mano temblara. Eran las 22:56. Se requería su presencia en las oficinas de monitoreo sísmico y volcánico de manera urgente. Se vistió, tomó su mochila y, antes de salir, se acercó a su esposa y besó su frente. Luego salió manejando su vehículo a toda velocidad por las calles de Antofagasta.

Al llegar a la universidad, mostró su identificación al guardia de turno y entró al departamento. En la sala estaban presente tres personas más. Uno de los sensores ubicados en el perímetro de la caldera La Pacana, en la segunda

región, se había activado sin previos reportes. La cámara interior había elevado su temperatura según los sensores infrarrojos. Manuel observaba los paneles con incredulidad mientras intentaba dar con alguna explicación lógica a la situación.

La caldera había estado inactiva por miles de años y nunca había mostrado actividad. Revisaron los registros de los últimos días y meses sin notar nada extraño. Escapaba a todo razonamiento. Tomó su teléfono y marcó el número del contacto del gobierno cuando los sensores reaccionaron. Un sismo se aproximaba. Segundos más tarde la tierra tembló con violencia. La onda expansiva movió todas las ciudades en un radio de 900 kilómetros, provocando que los presentes se afirmaran a algún mueble para no perder el equilibrio. Manuel observó a Ricardo, al otro lado de la sala, quien no escondía su miedo, mientras intentaba mantener la calma en la silla. El sudor en su frente brillaba con las luces y dejaba un rastro al caer por su cara. Un minuto después el movimiento telúrico cesó. Según la triangulación y la información de los sensores ubicados en distintas partes de la región, el grado alcanzado había sido de 8,6 en la escala de Richter, con su epicentro en las coordenadas $23^{\circ}10'00''\text{S}$ - $67^{\circ}25'00''\text{O}$. Manuel no alcanzó a marcar cuando un segundo y tercer remezón lo sorprendió. Los teléfonos sonaron casi al unísono. Los encargados de los distintos centros de investigación geológica a nivel nacional e internacional, así como los monitores del Servicio Nacional de Geología y Minería, querían corroborar la información y sus mediciones, mientras el enjambre sísmico daba inicio, augurando una de las noches más largas.

En Antofagasta, la gente se volcó a las calles, corriendo sin destino cierto. El recuerdo de los terremotos anterior-

res obligó a los ciudadanos a tomar en cuenta la historia. Muchos tomaron algunos implementos necesarios y se dirigieron cuesta arriba de la ciudad, para alejarse lo más posible del mar. Sabían que un maremoto podría azotar a la ciudad, sin saber que la Cordillera de la Costa no era el lugar más seguro.

Manuel salió de la oficina y marcó el número de su esposa, para asegurarse de que estuviese bien. El fuerte sismo la había obligado a vestirse y salir de su casa en dirección a los cerros, en donde estaba la casa de su madre. Luego marcó el número de quien quería llamar en un principio, la única persona que podría dar con una explicación lógica a todo este asunto: José María Monteverde. Al volver a la sala, el televisor estaba encendido. Las noticias hablaban del sismo que había azotado al norte del país. La gente se volcó a las calles, no solo en Antofagasta, sino también en el resto de las ciudades nortinas. El pánico se esparcía en los habitantes. Manuel entonces dio un vistazo al mapa de la pantalla. Los sensores ubicados en distintos puntos de la región titilaron uno tras otro. Tragó saliva y se llamó a su equipo. Tenían que partir de inmediato.

Un nuevo Pachakuti

Sara se levantó de la cama con un ágil salto y corrió descalza a la habitación de su abuela, que permanecía inmóvil en su cama. Su edad le impedía realizar movimientos repentinos. Llegó junto a Elena, su madre, que estaba en la cocina. Ambas ayudaron a la anciana a colocarse de pie y caminaron juntas hacia la entrada, en donde se ubicaron bajo el umbral de la puerta, observando cómo algunos de los vecinos del ayllu hacían lo mismo. El fuerte temblor se escuchaba como el quejido de un estómago hambriento, provocando un violento movimiento. Algunas techumbres cayeron, al igual que adornos ubicados en las afueras.